

PEDRO MIGUEL LAMET, S.J. *

PERFIL HUMANO Y GESTA APOSTÓLICA DE FRANCISCO JAVIER

Fecha de recepción: enero 2007.

Fecha de aceptación y versión final: febrero 2007.

RESUMEN: Uno de cada tres días de su vida se los pasó navegando. Realizó una gesta humana extraordinaria para su tiempo. Llevó a cabo a su modo y con los condicionamientos de su época un primer esbozo de diálogo entre Oriente y Occidente. Permaneció en unión con la Compañía, que había cofundado con Ignacio, a la que llamaba «Compañía de amor». Pero su fuerza frente a los poderes de este mundo es la irrupción de lo gratuito y la confianza en el total apoyo a Dios, en medio de un mundo interesado. Su ejemplo tiene una aplicación muy actual, pues vivió un tiempo muy parecido al nuestro, de descubrimientos y grandes cambios, también de corrupción y ambición económica.

PALABRAS CLAVE: Francisco Javier, jesuitas, Compañía de Jesús, misiones, inculturación, diálogo religioso.

Human profile and apostolic deed of Francis Xavier

ABSTRACT: Every third day of his life he spent navigating the sea. He accomplished an extraordinary human deed in his time. In his way of proceeding and by the conditions of the time period, he sketched the first dialogue between East and West. He remained in union with the Society that he helped to found along with Ignatius, which he called the Society of Love. But his strength facing the powers of the world was the irruption of gratuity and trust in the total support of God – in the

* Jesuita y escritor. Director de la revista *A Vivir*. pedromi@mundivia.es

midst of a self-serving world. His example still stands for today, as he lived in a time very similar to ours: one of discoveries and great change, also of corruption and economic ambition.

KEY WORDS: Francis Xavier, Jesuits, Society of Jesus, missions, enculturation, religious dialogue.

El Renacimiento del siglo xvi y la globalización actual presentan tantas diferencias como interesantes coincidencias culturales. Protagonista del primero, la figura de San Francisco Javier, ya en su aspecto físico, con el atractivo humano que sus contemporáneos recuerdan, desde el «humus» donde creció, es en sí misma un «icono» pleno de evocaciones. Su formación (1506-1541), la época y tierra que le vieron nacer y su familia crearon esta personalidad, donde el papel de la mujer y la cultura, los condicionamientos políticos de la guerra de Pamplona y el encuentro con Ignacio de Loyola en la Universidad de París resultan decisivos para su formación en el germen de la Compañía y la base de su espiritualidad y racionalidad, no ajena a la *Ratio Studiorum*.

En su gesta apostólica se distinguen dos partes muy claras: Una primera de misión en la India (1542-1549) con evangelización directa y apresurada, de escaso diálogo cultural a partir de la empresa ultramarina de Portugal, que surge de la Corte del rey Juan III. La austeridad de sus viajes y su correspondencia como cordón umbilical desde la India y la Pescaría constituyen una primera fase de inculturación y de catequesis y teología, en crítica relación con los capitanes portugueses, y difícil diálogo con la cultura de estas tierras. La segunda parte, su misión en Japón (1549-1552), supuso un nuevo paso de evangelización en más profundo diálogo con la cultura, tras las pruebas de Malaca, las «Islas de confiar en Dios» y el encuentro con Angiro, en proceso de descubrimiento del Japón. Los fracasos y el giro evangelizador, la transición de *Dainichi* a *Deus* y el diálogo con los monjes despiertan al intelectual y al místico que culmina su entrega en la muerte y glorificación, tras la traición del «judas» Ataide.

El mensaje de Javier, y su ejemplo, es el de la espiritualidad del idealismo que parte de la experiencia de los Ejercicios y de la confianza como virtud; la irrupción de lo gratuito en su papel de instrumento de Dios, donde aparece el milagro como signo; y la libertad en la dimensión política. Javier estuvo muy presente en la iconografía, la escuela, con el «tea-

tro jesuítico» y en la literatura. Al igual que con el padre Arrupe, este mensaje sigue vigente para el mundo contemporáneo, un mundo, en plena eclosión cultural, que comparte muchos rasgos con el del siglo xxi.

Hoy vivimos la era de la globalización, un mundo del instante hipercomunicado. Hoy nos es difícil acceder a unos tiempos en que se tardaba un año en llegar en galeón o carraca desde Lisboa a la India. También es grande la distancia que nos separa del modo como aquella Iglesia entendía la salvación cristiana, la eclesiología y la relación intercultural y ecuménica.

Hemos, pues, que dar dos grandes saltos para comprender esta historia y este personaje. Uno, en la comunicación (Javier tardaba un año en recibir cartas de sus compañeros de Roma) y, dos, en la teología. El «divino impaciente» corría a bautizar a destajo porque, si no, estaba convencido de que los infieles se condenaban. Hay, pues, que apuntar al «centro» para comprender lo que no ha pasado, lo que sigue vivo en la vida y el mensaje de Javier después de 500 años. Y ahí, en Evangelio, en el corazón grande y en la confianza de este hombre singular sigue permaneciendo vivo Javier.

Las principales fuentes sobre de la vida de Francisco de Javier son sin duda sus 137 cartas y documentos, que se convirtieron desde el primer momento en la primera autobiografía y al mismo tiempo jugosa crónica de viajes del intrépido misionero, y que se leyeron con pasión en Universidades y Cortes de la Europa del siglo xvi. Después de cientos de copias manuales remitidas entre amigos, las tres primeras cartas se imprimieron en 1545, y la primera colección de 52 cartas, recopiladas por Turseellino, apareció en 1596. Todas las cartas, junto a otros documentos de gran valor, están recogidos en la obra del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, de dos volúmenes, titulada *Monumenta Xaveriana*; y en la obra crítica elaborada por G. Schurhammer, S.J., y J. Wicki, S.J., *Epistolae S. Francisci Xaveri aliaque eius scripta*, publicada en Roma en 1945. Aunque hay varias antologías parciales, la única edición castellana completa, es *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, a cargo de F. Zubillaga, S.J., Madrid 1969¹.

La primera biografía del santo se debe a su amigo y contemporáneo Manuel Texeira, portugués de Miranda do Douro, que llegó a la India

¹ F. ZUBILLAGA, *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, Madrid 1979. En el presente artículo para las cartas nos referimos a esta edición.

todavía novicio hacia 1551, y al que Francisco llamaba con ternura «*o menino Texeira*». Escrita en portugués y traducida al italiano y al español, obtuvo testimonios directos de Juan Fernández, Antonio de Santa Fe, Francisco Pérez, el japonés Bernardo, pilotos y capitanes, gentes de la Pescaría y el propio Javier. La biografía de Texeira² influirá en las de Tursellino, Luis Guzmán y otros.

Le sigue en importancia la obra del napolitano Alessandro Valignano, S.J., que es destinado como visitador de la India, Malaca y Japón en 1574. Pudo conocer vivos a Francisco Pérez y a Henriques, y viajar en compañía de Manuel Texeira, y, con ayuda de este jesuita y brillante escritor, publicar diversos informes y una *Historia de la Compañía de Jesús*. De estos materiales se extrajo la *Vida de San Francisco Javier*³, publicada en castellano en Valladolid en 1603, y más tarde en Buenos Aires 1945 y en Bilbao en 1951.

Ambos influyeron en el clásico de nuestra literatura, amigo y biógrafo de Ignacio de Loyola, Pedro de Ribadeneira, que escribió otra *Vida de San Francisco Javier*⁴, la que corrió de mano en mano sin publicarse hasta que vio la luz en Nápoles en su versión latina en 1572, y que tuvo correcciones de los propios Valignano y Texeira. Este último, por ejemplo, le matiza, en una carta tan encantadora como respetuosa, que no hay pruebas seguras de que Javier resucitara a un niño, no porque dudara de la santidad de su amigo, sino porque «para estas cosas es necesaria una certeza absoluta», ya que, «si la falsedad o exageración, en cualquier circunstancia, son indignas de un hombre cristiano, lo son mucho más cuando se refieren a la vida de los santos. Dios no necesita de nuestras mentiras» (*Monumenta Xaveriana*, II, 805-806).

Hay docenas de biografías posteriores, como las de Bellesort, Broderick, Brou, Cros, Domezain, Goiburú, Lucena, Recondo, Urillos, Yeo, etc.⁵.

² M. TEXEIRA, «Vida del Bienaventurado padre Francisco Xavier», en *Monumenta Xaveriana*, t. II, Madrid 1912.

³ H. TURSELLINO, *Vida del P. Francisco Xavier de la Compañía de Jesús. Escrita en Latín por el P. Horacio Tursellino y traducida en romance por el P. Pedro de Guzmán, natural de Ávila de la misma Compañía*, Valladolid 1603.

⁴ P. DE RIBADENEIRA, *Vida de San Ignacio de Loyola*, Barcelona 1888.

⁵ José María Azcona y Díaz de Rada (1881-1951), escritor y bibliófilo, recopiló en 1952 las obras que se habían publicado sobre el patrón de Navarra. Su bibliografía de San Francisco Javier ofrece 786 títulos de libros y folletos en diferentes idiomas, y otros 110 en las «Adiciones». El censo incluye varias obras de teatro. X. AÑOVEROS, *Breve historia de la bibliografía javierana*, Pamplona 2001, 765-777.

Pero sin duda la más exhaustiva, monumental e ingente biografía de Javier se debe a George Schurhammer, S.J.⁶.

Un hombre, como una planta, es el fruto de un *humus*, de un ambiente, de una cultura. Y en el caso de Francisco de Javier, el principio orteguiano «yo soy yo y mis circunstancias» no es menos aplicable también para comprender lo que pretendemos abordar en esta ponencia. Quién era como persona el gran santo misionero y cómo se relacionó, cómo se inculcó por los anchurosos caminos del mundo que recorrió en sus increíbles y heroicos viajes por Europa y Oriente.

El primer impacto que recibimos cuando nos encontramos con cualquier hombre es su aspecto físico, pues no sólo la cara suele ser el espejo del alma, sino que hasta el porte y la manera de andar, de sonreír y hasta de comer le retratan ante sus contemporáneos. Es más, se despierta en nosotros una corriente vibratoria, se nos transmite algo inexpresable con la primera percepción intuitiva del personaje.

¿Cómo era Javier? ¿Qué impresión tendríamos si nos lo encontráramos ahora? A tenor de lo que nos indican las fuentes, era alto y bien formado, tenía más el aire de un galán de Corte que de un clérigo. Parecía un buen jinete, un caballero de armas, más que un maestro en Artes por París. Su nariz perfecta en medio de un rostro con buenos colores, enmarcado por un cabello y barba como de azabache, terminaba en una frente cuadrada y espaciosa. Era uno de esas personas que, nada más verla, transmiten confianza y alegría. Oírlo confirmaba esta sensación de optimismo. Impresionaban sobre todo sus ojos brillantes y entusiastas que penetraban dentro y parecían decir a los que miraban: vivir vale la pena, vivir es correr aventuras, es querer a los demás, es soñar.

⁶ G. SCHURHAMMER, *Francisco Javier: su vida y su tiempo* (4 vols.), Pamplona 1992. Este alemán, nacido en 1882, fue destinado a la India en 1908 como profesor de un colegio de enseñanza media. Enfermo de agotamiento, prometió ante el cuerpo incorrupto de San Francisco Javier, que, si curaba, le escribiría una biografía crítica. El resultado fue una vida entera entregada a la investigación de Javier; a recorrer sus itinerarios y reunir un mar de documentación, cuyo fruto, además de otros muchos artículos y archivos, son los cuatro tomos de *Francisco Javier: Su vida y su tiempo*, traducidos al español en 1992 por un equipo dirigido por Francisco Zurbano, S.J., y coeditados por el Gobierno de Navarra, la Compañía de Jesús y el Arzobispado de Pamplona. Ningún detalle escapa a la germánica precisión y paciencia de Schurhammer. Para conocer la evolución espiritual del personaje recomendamos además, *San Francisco Javier: Itinerario místico del apóstol*, del eminente teólogo y escriturista francés, XAVIER LÉON-DOUFOR, *Saint François Xavier, Itinéraire mystique de l'apôtre*, París 1997.

Javier era un hombre de acción, franco, directo, pero también con rasgos típicos de la persona que ha reflexionado, el poso que dejan los estudios, y sobre todo el ejercicio de lo que San Ignacio llama «reflexionar sobre sí mismo», propio de la gran escuela psicológica y espiritual de los Ejercicios Espirituales, que practicó a fondo en los tiempos de su conversión en la Universidad de París.

Manuel Texeira, primer biógrafo del santo, lo describió así:

«Era el P. Maestro Francisco de estatura antes grande que pequeña, el rostro bien proporcionado, blanco y colorado, alegre y de muy buena gracia; los ojos negros, la frente larga, el cabello y barba negra; traía vestimenta pobre y limpia y la ropa suelta, sin manteo, ni otro algún vestido; que éste era el modo de vestir de los sacerdotes pobres de la India; y, cuando andaba, la levantaba un poco con entrambas manos. Iba casi siempre con los ojos puestos en el cielo, con cuya vista dicen que hallaba particular consuelo y alegría, como de patria adonde pensaba ir; y así andaba con el rostro tan alegre y inflamado, que causaba mucha alegría a todos los le veían. Y aconteció algunas veces algunos hermanos hallarse tristes, mas por medio para alegrarse el irle a ver. Era muy afable con los de fuera, alegre y familiar para con los de casa, especialmente para con aquellos que entendía ser humildes y sencillos, y que de sí tenían poca opinión y estima; mas por el contrario se mostraba severo, grave, y algunas veces riguroso para con los altivos y que de sí tenían gran concepto y opinión, a que se conociesen y humillasen; y así lo aconsejaba a los superiores lo hiciesen. Era hombre de poco comer; aunque por evitar la singularidad estando con otros, comía de todo lo que le ponían. Tenía muy particular cuidado de los enfermos, para con los cuales tenía mucha caridad» (*Monumenta Xaveriana*: 882).

Esta cita nos conduce a un análisis más minucioso carácter de Javier, una mezcla de simpatía y reciedumbre navarras; magnetismo personal y temperamento fuerte; afectividad y exigencia consigo mismo, radicalismo evangélico y caridad exquisita hacia los débiles.

1. FORMACIÓN (1506-1541). SE FORJA EL HOMBRE, EL JESUITA, EL MISIONERO

¿De qué raíces bebió tal savia? En primer lugar, de la época en que vio la luz, la era de los descubrimientos y las conquistas ultramarinas. Después de que los españoles llegaran a América en 1492 e iniciaran la conquista del continente, en 1514 los portugueses alcanzan las costas de China

y entablan el comercio con la poderosa dinastía Ming. Tres años más tarde, en 1517, Martín Lutero se rebela contra Roma. En 1519 Hernán Cortés conquista México y en 1521 Magallanes navega por primera vez alrededor del mundo. Pocos años más tarde Copérnico defiende la tesis de que la tierra gira alrededor del sol y no viceversa, como se creía. En 1498 Vasco de Gama llega a la India. En la cultura y la política ya se apunta el imperio de Carlos V y la gran explosión de las artes y las letras que va a suponer esta primera globalización del Renacimiento. El mundo se hacía pequeño, a pesar de los limitados medios de comunicación de aquellos tiempos.

La naturaleza y su origen familiar harán el resto en el alma de aquel niño que nace el 7 de abril de 1506, sexto hijo de dos excelentes cristianos: un hombre de leyes, doctor por Bolonia, y persona de confianza del rey de Navarra, Juan de Jaso y Atondo; y la noble heredera del castillo, María de Azpilcueta y Aznárez. De ellos recibirá dos vertientes de su personalidad, que se harán presentes siempre en su trayectoria apostólica y humana: el interés por las letras, de su padre, que evocará cuando él mismo recorra las calles de Bolonia, además de sus dotes de diplomático como embajador, también heredado de su tío, el famoso canonista Doctor Navarro; y la afectividad y firmeza de su madre y de su tía Violante, un personaje femenino importante en su infancia, al igual que el ejemplo de su hermana clarisa Magdalena, que deja de ser dama de la Corte de Isabel la Católica para ingresar monja en el convento de Gandía⁷. A eso se añade la paz bucólica del castillo de Javier, sólo interrumpida por el canto de las horas de la adjunta abadía, construida a la sombra de una sonriente imagen de Cristo crucificado y unas curiosas pinturas medievales con la Danza de la Muerte, que impregnaron su infancia de aire libre y espiritualidad.

¿Qué papel tienen en su niñez las circunstancias políticas? Pues las que en un niño pueden suponer contemplar los profundos cambios que se produjeron en su castillo y su familia, cuando la guerra de Navarra, que se subleva contra Castilla, en favor de Enrique II d'Albret, convierte la fortaleza de Javier en una estratégica encrucijada de intereses políti-

⁷ La Reina tenía intención de casarla, y se quedó muy sorprendida de su decisión de hacerse clarisa e ingresar en el convento de Gandía, tan querido de la familia Borja —luego Descalzas Reales en Madrid—, donde vivió y murió santamente. Dato curioso es que también la pretendió el propio Duque de Gandía, padre de San Francisco de Borja, por mediación del famoso y novelesco César Borja o Borgia, hijo de Alejandro VI, cuando era obispo de Pamplona.

cos entre Francia y España. Tanto, que sus hermanos Miguel y Juan intervinen en la toma de Pamplona, donde en 1521 cae gravemente herido de pelota de cañón un tal Íñigo de Loyola, gentilhomme presumido y mujeriego, que, gracias a aquella herida, descubriría los sabores secretos del alma, el discernimiento interior, y se convertiría en pobre peregrino y fundador de la Compañía de Jesús. Javier sólo tenía once años cuando, muy triste, asistió a la demolición de las torres de su fortaleza y la usurpación de sus tierras por las tropas punitivas del regente cardenal Cisneros. Aunque Carlos V devolviera a Navarra privilegios, derechos y honores, ya no sería lo mismo. Don Juan, el padre de Javier, se moriría de pena, y a su madre la llamarían desde entonces «la dama triste» y sus hermanos se libraron de ser ejecutados.

Es evidente que el contemplar cómo sus familiares perdían sus cargos y haciendas y la amarga situación en que quedaba su casa influirían en su carácter y en su porvenir. ¿Por qué un joven atlético, acostumbrado a correr detrás de los rebaños de ovejas o de los almadieros del río Aragón prefiere seguir el camino de las letras en vez del de las armas emprendido por sus hermanos? Sin duda por dos razones: en primer lugar por admiración a su padre, el gran abogado y político. Y, en segundo lugar, probablemente por la decepción que le supuso el fracaso militar impuesto por la derrota a los agramonteses.

No obstante, el muchacho que cabalga con el ímpetu de sus diecinueve años a la bulliciosa Universidad de París, donde les esperaban más de 3.000 estudiantes repartidos por las estrechas y malolientes calles del barrio Latino, no ha dejado de ser un joven orgulloso, atlético, simpático y con ambiciones de triunfar.

Ya en la Sorbona, estudio y deporte acapararon su atención en París. En cinco años obtiene los títulos de bachiller y maestro en Artes, y los de campeón como saltarín de la ciudad. De noche saltaba las tapias del colegio de Santa Bárbara para perderse en los figones en compañía de un profesor amigo y calavera, que al fallecer de sífilis, le retrae de sus juergas nocturnas. Pero no de renunciar al éxito y al poder de este mundo, pese a que su familia ha venido a menos y tiene que hacer sacrificios para enviarle dinero para sus estudios. Tanto que da todos los pasos necesarios para conseguir poder dentro de la carrera eclesiástica. La sólida formación filosófica y teológica de París, el *modus parisiensis* formará parte toda su vida de la cosmovisión de Javier, que, como veremos, evolucionará y condicionará su talante relacional con los demás.

Posiblemente Javier hubiera llegado a canónigo de la catedral de Pamplona, y quizás incluso a obispo, pero sin mayor relieve en la historia, si por entonces no hubiera llegado a París un estudiante cuarentón, bajo de estatura, que cojeaba, vestía pobremente y vivía de pura limosna. Cuando este personaje compartió habitación en Santa Bárbara con otro compañero llamado Pedro Fabro y el propio Javier, el navarro experimentó un fuerte rechazo hacia aquel gentilhombre que, formado en Castilla, como buen *oñacino* había peleado al lado de los *beamonteses* en defensa de Pamplona contra sus hermanos, éstos *agramonteses*. Sólo la paciencia y habilidad del que había cambiado su nombre por el de Ignacio al inscribirse en la Universidad, pudo con «la dura pasta» del arrogante Javier. Y, gracias a los Ejercicios Espirituales, el método místicamente descubierto por aquel «seductor de estudiantes», Francisco dio un vuelco a su vida hasta llegar a atar su bello cuerpo de atleta tan fuertemente, que hubo que acudir a cirujanos para separar la sogá de la carne.

Este episodio me parece clave para entender el carácter radical de Francisco. O todo o nada. La extremosidad de Javier va a encontrar su horma en el «*magis*» ignaciano. Ignacio se lo gana primero —diríamos que «muy jesuíticamente»— ayudándole económicamente, y después por el fuego del seguimiento apasionado de las meditaciones de «El rey temporal», los «Binarios», las «Dos banderas» y la «Contemplación para alcanzar amor».

Ante la fuerza del seguimiento personal de Jesús y la luz interior que ha alcanzado, las rivalidades partidistas y políticas son minucias del pasado. Javier e Ignacio están unidos ahora en un plano distinto místico y universal⁸.

De allí, y de la amistad con Ignacio de ocho compañeros más, nació el embrión de la Compañía de Jesús, con unos votos pronunciados el día de la Asunción de 1534 en la capilla de Montmartre. Después de terminar sus estudios y atravesar a pie una Europa en guerra y en ardores luteranos, los compañeros volvieron a encontrarse en Venecia con Ignacio,

⁸ Con motivo del V Centenario algunos sectores más *abertzales* del País Vasco han querido ver en su partida a las Indias una huida de Javier por discrepancias ideológicas y hasta políticas con Ignacio. Algo tan absurdo como anacrónico y falto de conocimiento del amor fraternal que ambos santos se profesaban. Ni los planteamientos entre Castilla y el Reino de Navarra eran equiparables a los actuales, ni Javier, una vez convertido, persiguió otra cosa que el ideal del Evangelio, que le mueve incluso a llamarse a sí mismo «portugués» en sus cartas y al mismo tiempo mostrarse crítico con el rey Juan III.

que también había viajado por mar hasta Italia, vía España. Creada formalmente la Compañía de Jesús, tras la imposibilidad de viajar a Jerusalén, donde los compañeros querían haber imitado literalmente a Jesús de Nazaret, se ponen a las órdenes del Papa.

Durante aquellos años que se recorre Europa e Italia mendigando y predicando en un momento de fuerte impacto luterano, se suceden las anécdotas revelatorias de la forma de ser de Francisco. En Venecia, mientras sirve a los enfermos de un hospital de desahuciados, se mete la mano en la boca después de tocar las apostemas purulentas de un enfermo de sífilis. En sus sueños barrunta su futuro en servicio de los indios: un día Laínez le pregunta: —«¿Qué te pasa?». —«Que he soñado que llevaba a cuestas un indio pesadísimo». Algo similar relata en sus recuerdos el propio Simón Rodrigues: «¿Os acordáis, hermano mío Simón, de aquella noche que pasamos juntos en Roma y que os desperté con mis gritos de “¡Más, más!”? Sabed que fue por verme envuelto en grandes trabajos y peligros por el servicio de Nuestro Señor... Yo creo que llega la hora en que se ha de realizar lo que me fue mostrado de antemano», explicará luego antes de zarpar en Lisboa.

2. MISIÓN EN LA INDIA (1542-1549). EVANGELIZACIÓN DIRECTA Y APRESURADA CON ESCASO DIÁLOGO CULTURAL

Cuando el rey Juan III de Portugal requiere misioneros para los nuevos dominios portugueses de Oriente, la persona designada por Ignacio para este destino, junto a Simón Rodrigues, era Antonio Bobadilla, que cae enfermo, por lo que Javier abraza a su amigo Iñigo consciente de que no volverá a verle en esta vida. Y, a caballo, en compañía del embajador Pedro Mascarenhas, un gran caballero que también había sido embajador en la Corte del emperador Carlos V, atraviesa de nuevo Europa, camino de Lisboa.

En Navarra se hunden las raíces de su afectividad, nobleza y arrojo; París con su horma universitaria forman su cabeza; Ignacio le provoca el gran salto de su espiritualidad: Lisboa será la ventana abierta a la universalidad. Por el Tratado de Tordesillas, España y Portugal se habían dividido el mundo, correspondiendo a esta última las llamadas Indias Orientales. Mientras España había expandido su imperio en América, desde Lisboa se había abierto una ruta comercial de primera magnitud, la de las Espe-

cias. Más de 200 naos flotaban en el estuario del Tajo dispuestas a ser descargadas de pimienta, nuez moscada, madera de sándalo, piedras preciosas y tesoros sustraídos por los capitanes portugueses de las pagodas de India. En Lisboa Javier leyó un libro sobre las legendarias tierras del Preste Juan⁹ y aquel reino cristiano que se encontraron los portugueses en Abisinia. Se vivía la fascinación de lo ignoto y el espíritu de la aventura, que en Javier es sublimado por el deseo de conquistar almas para Cristo.

Don Juan III, «el piadoso», quería quedárselo como confesor y predicador de la Corte, pero sólo Rodrigues permanecerá en Portugal, mientras Javier zarpa para la India en un viaje que durará más de un año, costeando Brasil, aprovechando los vientos y bordeando el Cabo de Buena Esperanza, en medio de tempestades, calmas, escorbuto y calor enervantes. Además rechaza un camarote, junto a la oferta de criados y ropas, para dedicarse a servir a los más pobres y humildes de aquella trágica ciudad flotante. En contacto con las privaciones del mar y las tierras de misión que le esperan, Javier hará compatibles dos facetas difíciles de compaginar: la austeridad y privaciones más increíbles con la simpatía y la capacidad de seducción, hasta jugar a los dados y bailar con los marineros.

A partir de ese momento el único contacto con Europa y sus hermanos jesuitas serán sus hermosas cartas: 137 textos que se leerían con avidez como la crónica viva y directa de un corresponsal pionero en el lejano Oriente. Aunque iba con categoría de nuncio apostólico, Javier, una vez arribado al puerto de Goa, se pierde entre la gente sencilla, vive con los enfermos del hospital, mendiga para ayudarles y catequiza a los niños por la calle a golpe de campana. Entre los pescadores submarinos de perlas, que se jugaban la vida como buceadores en cabo de Comorín, recorre el sur de la India por desoladoras costas de arenas movedizas, que «sólo por Dios se pueden tolerar»; algo que no haría «por todo el oro el mundo», aunque reconoce que, mientras tanto, ese mismo Dios se le comunicaba con consolaciones espirituales «las mayores que se pueden tener en esta vida».

Y aquí entramos en uno de los puntos más discutidos actualmente, lo que se ha llamado la inculturación de la fe. Debemos pues explicar qué

⁹ *Ho Preste Joam das Indias, Verdadera informaçan das terras do Preste Joam, segundo vio e escrueo o padre Francisco Alvarez capellâ del Rey nosso senhor. Agora nouamente por mandato do dito senhor en casa de Luis Rodríguez liureiro de su alteza.* Tomo en cuarto de 272 paginas, con portada en rojo y negro que representaba un caballero barbudo con sombrero de plumas y cetro y con la esfera del Rey Manuel en el atalaje (cf. SCHURHAMER 1992: I, 887).

entendemos por inculturación. El padre Arrupe, quien como misionero en Japón y genial superior general de los jesuitas acuñó este término, escribe:

«El hecho histórico de la Encarnación sucedió una vez y es irrepetible. Pero la revelación de sus inagotables riquezas, a lo largo de la historia, ha sido, es y será incesante. El Verbo sigue siendo acogido en nuevas “encarnaciones” de la fe, bajo la acción del Espíritu que es principio tanto de la unidad como de la diversidad en la Iglesia. Una fe que no se encarna en una cultura no es camino de vida. Y si se queda encerrada en una cultura, sufre las limitaciones de ésta. Fe y cultura se emulan mutuamente: la fe purifica a la cultura de cuanto es contrario al Espíritu, y la enriquece. Y la cultura purifica y enriquece la expresión de la fe en el sentido de que el continuo diálogo la renueva y actualiza constantemente haciéndola trascender los límites de una particular cultura. El cristiano que entra en diálogo con otras culturas —y más aún si el diálogo es con otras religiones— sabe que el mismo Espíritu a quien él debe su experiencia de Dios en Jesucristo, ha podido obrar también las experiencias religiosas de sus interlocutores¹⁰.

Evidentemente no se podía pedir a Javier un diálogo intercultural de este calibre en una época como la que hemos descrito, de fuerte identificación católica frente a los luteranos y donde se imponía la tesis de que el que no era cristiano se iba al infierno. La obsesión de salvar unida a la pasión caracterológica del santo navarro da como resultado su carrera, su obsesión por catequizar y bautizar infieles. El claro deseo de que los paganos no cayeran precipitados en el fuego eterno, le empujó a evangelizar en la costa malabar, Ceilán y la isla de Manar, donde tuvo que afrontar la matanza de 600 cristianos a manos de los feroces badagas. Sin embargo, sería simplificar sostener que durante este primer período apostólico Javier bautizara baldeando a los infieles, como hicieron algunos capellanes de los barcos negreros con los esclavos cazados a lazo en África antes de venderlos en Cartagena de Indias. Es verdad que usó métodos un tanto primitivos como animar a los niños paravas a que orinaran en los ídolos o quemar alguna choza en la que adoraban a dioses paganos. Pero eso no fue nunca lo importante del impulso de Javier, puesto que se esforzó en aprender el tamil y en impartir una catequesis adaptada a su medio. Lo más impresionante es que vivía lo que predicaba, la entrega y el amor evangélico en su servicio a los más pobres y enfermos.

¹⁰ Aspectos y tensiones de la inculturación (15 de marzo de 1978).

Sin embargo, lo deprimente para él era la corrupción de algunos portugueses como el capitán Cosme de Paiva, que se enriquecía vendiendo caballos a los enemigos. El hecho de que Javier acompañara a las fuerzas ocupantes, en su misión pobre y evangélica, no le impedía denunciar sus abusos incluso al rey Juan III, para que no tuviera que escuchar de Dios el día de juicio: «¿Por qué no vigilaste a los que en la India recibían la autoridad de ti y eran súbditos tuyos y enemigos míos, cuando a esos mismos, si los hubieses hallado negligentes en la vigilancia y cuidado de impuestos y del fisco los hubieses castigado severamente?»¹¹.

En esta época no faltó otra manera de dialogar, como es la relación personal y muy humana con las personas concretas: invitarse a cenar en Goa, ganarse a las familias de los que llamaban «casados» de la colonia, hacer amistad con docenas de capitanes y comerciantes portugueses, conocer por su nombre a los niños y a los esclavos o alabar la buena mano de las cocineras.

3. MISIÓN EN JAPÓN (1549-1552) EVANGELIZACIÓN EN DIÁLOGO CON LA CULTURA

Tanto desencanto le supuso una crisis. ¿No sería mejor dejarlo todo y marcharse a las legendarias tierras del Preste Juan (Abisinia), como el decía «a morir por Cristo»? Es un momento de inflexión en que está a punto de nacer el segundo Javier, un misionero más maduro y reflexivo. En Santo Tomé, ante el sepulcro del apóstol, decide seguir hacia Malaca, otra fortaleza colonial, donde se encuentra con portugueses que poseían hasta 25 concubinas; y luego a las Islas Malucas, temidas por los navegantes, quienes aseguraban que sus pobladores eran antropófagos y asesinaban con sofisticados venenos. Nuevas travesías entre bajíos y peligrosas costas coralinas: 3.500 kilómetros por mares infestados de piratas y tormentas, como la que le arrebató su querido crucifijo, que, según los testigos, le devolvió a la playa un cangrejo trasportándolo en una de sus pinzas¹². Entre perfumes sofocantes e insectos que le acribillaban, no

¹¹ Carta al Rey Juan III, 20 de enero de 1545, en FERNANDO ZUBILLAGA (ed.), *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979, 46,6.

¹² Esta famoso «milagro» atribuido a Javier ha sido objeto de polémica, entre otras razones de haber sido copiado de una leyenda budista. El exhaustivo biógrafo

tenía otra forma de sacar a la gente de sus chozas que cantarles con su bien timbrada voz. Cuando nadie quería navegar a las peligrosas Islas del Moro, respondía: «Iré aunque sea nadando», pues aquellas islas no se llamaban para él sino «Islas de confiar en Dios»

De regreso a Malaca encuentra a Angiro, un samurai japonés, arrepentido de un asesinato. Y, a través de sus descripciones, se entusiasma con el Japón y decide prepararse para este nuevo objetivo. Al japonés, que sentía gran remordimiento, un comerciante portugués le aconsejó que se viese con Javier, y que se bautizara, para que Dios le perdonara. Angiro hablaba algo el portugués. Asistía al catecismo y luego escribía traducciones de la doctrina a su lengua. Un día le preguntó Javier: —«Si yo predicara a los japoneses, ¿se harían pronto cristianos?». —«No», le contestó Angiro. «Primero se enterarían bien de lo que es ser cristiano. Y si vieran que el misionero practicaba lo que predicaba, se convertirían. Porque los japoneses son muy razonables».

Con ayuda de Angiro, y un inteligente hermano jesuita cordobés, Juan Fernández, consigue embarcarse en un junco, pilotado por un pirata chino, que estuvo a punto de ser engullido por la tempestad. Japón fue duro para Javier, pero supuso un cambio de mentalidad. Como decía un contemporáneo, «en la India maestro Francisco pescaba con red, en Japón tuvo que hacerlo con caña, uno a uno».

Fascinado por la inteligencia y el nivel cultural de los japoneses, se vio obligado a sufrir repetidos fracasos como el de no ser recibido por el emperador en la capital Miyako (Kyoto); soportar la risa de los señores feudales o *damyôs* cuando les fustigaba su pública pederastia, o humillaciones lingüísticas, como equivocarse al usar la palabra «*dainichi*», que creía cercana al concepto del Dios trino, y que descubrió que se representaba con un falo, por lo que tuvo que sustituirla por el portugués *Deus*.

Sufrió, pero aprendió a dialogar. No entabló apenas relación con los musulmanes. Sí conoció el hinduismo y trató a los brahmanes que lo sustentaban. Pero las relaciones más profundas surgieron con los bonzos

de Javier, Georg Schurhammer, S.J., ha probado que fue al revés: la leyenda budista había sido calcada del relato del testigo Fausto Rodrigues, que morirá en 1617 en Cebú, de cáncer de boca por pasar las horas con ella pegada al suelo mientras oraba. Murió con gran paz y pidió que le enterrasen con un recuerdo que le había regalado el padre Francisco Javier, una palomita de bronce que representaba al Espíritu Santo y que el padre Francisco le entregó diciéndole: «Tomad y guardad esta palomita en señal de que ambos nos tenemos de ver en el cielo».

japoneses, budistas o sintoístas. Aun cuando no compartían sus ideas y su conducta moral, el diálogo con alguno de ellos fue amplio y profundo. El paso del verdadero diálogo se realizó pues en Japón: el maestro de París sostuvo largos coloquios con los monjes zen y de otras sectas, que no entendían cómo en la lógica cristiana sus antepasados sin culpa tenían que acabar en el infierno por no haber conocido a Jesucristo:

«Los japoneses en las doctrinas de sus sectas no tienen ningún conocimiento (como arriba se dijo) de la creación del mundo, del sol, luna, estrellas, cielo, tierra y mar, y así de todas las otras cosas. Pareceles a ellos que aquello no tiene principio. Lo que más sentían, era oírnos decir que las almas tenían un criador que las creaba.

De esto se espantaban mucho todos en general, pareciéndoles que, pues en la doctrina de sus santos no hacían mención de este Criador, que no podía haber un Criador de todas las cosas; y más, si todas las cosas del mundo tuvieran principio, que la gente de la China supiera esto, de dónde les vienen las leyes que tienen. Tienen ellos para sí que los chinos son muy sabedores, así de las cosas del otro mundo, como de la gobernación de la república.

Muchas cosas nos preguntaron acerca de este principio que crió todas las cosas, a saber, si era bueno o malo, y si había un principio de todas las cosas buenas y malas. Dijámosles que había un solo principio, y que éste era bueno, sin participar de ningún mal.

Parecióles que esto no podía ser, porque ellos tienen que hay demonios, y que éstos son malos y enemigos de la generación humana; y que si Dios fuera bueno, no criara cosas tan malas. A lo que respondimos que Dios los criara buenos, y ellos se hicieron malos, y por eso los castigara Dios y su castigo no tenía fin. A lo que decían ellos que Dios no era misericordioso, pues tan cruel era en castigar. Mas decían, que si era verdad que Dios criara el género humano (como nosotros decíamos) que por qué causa permitía que los demonios, siendo tan malos, nos tentasen, pues Dios criara los hombres, para que lo sirviesen (así como nosotros decíamos); y que si Dios fuera bueno, no criara los hombres con tantas flaquezas e inclinaciones a pecados, mas los criara sin ningún mal, y que este principio no podía ser bueno, pues él hizo el infierno, cosa tan mala como es, y no tiene piedad con los que allá van, pues para siempre han de estar (según nosotros decíamos); y que si Dios fuera bueno, no diera los diez mandamientos que dio, pues eran tan difíciles para guardar.

Y mucho y muy mal les parecía de Dios, que los hombres que van al infierno, no tuvieran ninguna redención, diciendo que sus leyes eran más fundadas en piedad, de lo que era la ley de Dios. Tuvieron una grande duda contra la suma bondad de Dios, diciendo que no era misericordioso, pues no se manifestara a ellos primero que nosotros allá

fuésemos; si era verdad (como nosotros decíamos) que los que no adoraban a Dios, todos iban al infierno, que Dios no tuvo piedad de sus antepasados, pues los dejó ir al infierno, sin darles conocimiento de sí» (San Francisco Xavier, 29 de enero de 1552: 96, 18-21).

Javier les respondía que un hombre solo en una montaña, sin influjo ni cultura, sabe distinguir lo bueno de lo malo porque lleva una ley escrita en el corazón. La respuesta no deja de sorprendernos hoy por su agudeza:

«Dímosles nosotros razón por donde les probamos que la ley de Dios era la primera de todas, diciéndoles que, antes que las leyes de la China viniesen a Japón, los japones sabían que matar, hurtar, levantar falso testimonio y obrar contra los otros diez mandamientos era mal, y tenían remordimientos de conciencia en señal del mal que hacían, porque apartarse del mal y hacer bien, estaba escrito en el corazón de los hombres; y así los mandamientos de Dios los sabían las gentes sin que otro ninguno se lo enseñara, sino el Criador de todas las gentes. Y que si en esto ponían alguna duda, lo experimentasen tomando a un hombre que fue criado en un monte, sin tener noticia de las leyes que vinieron de la China, ni saber leer ni escribir, y preguntasen a este hombre criado en el bosque, si matar, hurtar, y hacer contra los diez mandamientos era pecado o no; si guardarlos era bien o no. Por la respuesta que éste daría, siendo tan bárbaro, sin enseñársela otra gente, verían cómo aquel tal sabía la ley de Dios. Pues ¿quién enseñó a éste el bien y el mal sino Dios que lo crió? Y si en los bárbaros hay este conocimiento, ¿qué será en la gente discreta? De manera que, antes de que hubiese ley escrita, estaba la ley de Dios, escrita en los corazones de los hombres. Cuadróles tanto esta razón a todos, que quedaron muy satisfechos. Sacarlos de esta duda fue grande ayuda para que se hicieran cristianos»¹³.

Tan importante como el contenido de la revelación era la capacidad para presentarla con razonamientos claros e inteligentes. Llega así a la conclusión de que los futuros jesuitas que vayan a Japón deben ser universitarios que tengan conocimientos científicos y filosóficos:

«No sabían ellos que el mundo era redondo ni sabían el curso del sol; preguntando ellos por estas cosas y por otras, como por los cometas, relámpagos, lluvia y nieve, y otras semejantes; a lo que respondiendo nosotros y declarándolas, quedaban muy contentos y satisfechos, teniéndonos por hombres doctos, lo que ayudó no poco para dar crédito a nuestras palabras»¹⁴.

¹³ *Ibidem* (96, 24).

¹⁴ *Ibidem*.

Francisco acompañaba los razonamientos con su encanto personal, fuerza en la convicción y fuego en el discurso. Adapta, no sólo el lenguaje, también las formas, su apariencia externa y el modo de presentarse: al percatarse de que su pobre sotanilla no le ayudaba ante los señores del lugar, decide engalanarse con sedas y acudir a sus palacios con boato y hasta con originales regalos occidentales, como un arcabuz de repetición o unos primitivos anteojos.

Dos años en Japón le convencieron de la riqueza de su cultura, lo que sería un precedente de la futura «inculturación» jesuítica de misioneros tan célebres como Nobile y Ricci¹⁵.

Persuadido de que los conocimientos le venían a los japoneses de la misteriosa China, prepara su incursión en este continente cerrado, donde los mercaderes portugueses padecían encarcelamientos y torturas. Consiguió en Goa que su amigo, el comerciante Diego Pereira, fuera nombrado embajador especial del virrey ante el emperador chino. Pero, cuando tenía todo listo, incluso los regalos con que pensaba obsequiarle, un envidioso capitán, Álvaro de Ataide, confisca en Malaca el timón de la nave en que pretendía embarcarse. Sólo permitió que viajara a isla de Sancian con otros comerciantes y sin embajada.

A la espera de un navegante chino que le había prometido facilitarle la entrada en Cantón, mientras su compañero se negaba a seguirle por miedo y aterido de frío en la cabaña donde se cobijaba, fue presa de una grave pulmonía. Subió al galeón fondeado en la playa para intentar recuperarse dentro de un camarote, pero el vaivén del barco le empeoró. Sin apenas con qué abrigarse ni qué comer, vuelto a la isla, y acompañado solamente por Antonio, un intérprete chino que le puso una candela en sus manos, después de decir «Madre de Dios, Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí», falleció al romper el alba del 3 de diciembre de 1552 frente al perfil de la costa prometida. Tenía cuarenta y seis años de edad.

¹⁵ Escribe el periodista e historiador laico francés Jean Lacouture: «Esta vez nos vemos transportados de golpe al centro del sistema jesuita y el cándido de Francisco Javier se afirma como el precursor de Clavius, de Ricci y de Schall: si las palabras obtienen “crédito” es por las vías muy humanas de la ciencia. No es (no es únicamente) porque cree más (o mejor) por lo que convence a sus interlocutores, es porque él sabe más (o mejor). No impone, es la alianza con una ciencia que sus compañeros y el él mismo han reconocido, saludado, valorado. El antiguo profesor del colegio de Beauvais representa nuevamente el papel de pionero» (*Jesuitas I. Los conquistadores*, Barcelona-Buenos Aires-México 1993, 219).

Uno de cada tres días de su vida se los había pasado navegando. Había realizado una gran gesta incluso humana para su tiempo. Había llevado a cabo a su modo y con los condicionamientos de su época un primer esbozo de diálogo entre Oriente y Occidente. Había permanecido en unión con la Compañía, que había cofundado con Ignacio, a la que llamaba «Compañía de amor» y de la que llevaba pendiente del cuello su fórmula de profesión junto a las firmas de sus compañeros. De ella había sido también el primer provincial de Oriente, cargo en el que actuó proyectando su propio carácter y espíritu de sacrificio, con radicalidad y entrega.

¿Qué papel tuvo en estos once años de intensa vida apostólica lo sobrenatural? Sin duda —él mismo lo dice— sin la fe y el motor espiritual que le animaba no hubiera sido lo mismo. Era el impulso de la conversión que transformó su orgullo y sus ganas de triunfar en un divino impaciente. A veces caminaba con los ojos puestos en el cielo y era sorprendido en éxtasis. Su oración continua le hacía gritar una y otra vez: «Más, Señor, más». Una consolación interior que le hacía añorar el encuentro definitivo y que a veces le quemaba físicamente el pecho.

¿Y lo sobrenatural en cuanto maravilloso? No deja de ser curioso que su primer biógrafo Teixeira le escribiera al gran clásico de nuestra lengua, el padre Pedro de Ribadeneira, una respetuosa carta, arriba citada, en la que le llama la atención por el acento puesto en los milagros en la biografía escrita por este último. Es incontestable que Javier alcanzó en su tiempo fama de santo no sólo por sus grandes virtudes, sino por capacidades que están aún por analizar suficientemente. Por ejemplo, la de videncia, de la que había cientos de testigos: conocer el futuro de personas y cosas, el momento en que iban a fallecer o si una nao iba o no a padecer un naufragio. La fuerza de su oración para calmar tempestades y la capacidad de conocer el pensamiento de sus interlocutores son constantes de su trayectoria, que le dan en vida fama de santo. Su gran biógrafo Schurhamer, poco sospechoso en su germánica minuciosidad de falta de rigor, recoge cientos de pruebas a este respecto.

Existe una especie de testamento de Javier, sus recomendaciones a su hijo predilecto Gaspar Berceo, sobre los que debería reflexionar diariamente durante una o media hora, que aún puede aportarnos alguna luz sobre su personalidad. Podríamos resumirlos así:

1. Atribuir a Dios lo que se refiere a la predicación.
2. Atribuir al pueblo la capacidad de sentir a Dios.

3. Trabajar por amor al pueblo, ya que Dios me dio por su intercesión el don de ayudarles.
4. Que este bien me viene por los méritos de los compañeros, su amor y humildad. Compañía.
5. Pensar continuamente en sentirme pequeño, instrumento.
6. Pedir a Dios que me de a sentir los impedimentos que pongo de mi parte.
7. Dar ejemplo ante un Dios que ve los corazones de los hombres.
8. Fijarse mucho en cuanto Dios nos da a sentir dentro de nuestra alma.
9. Estar firmemente persuadido de que las buenas obras las hace Dios.
10. No despreciar a nadie y valorar más a los que hacen trabajos más humildes (cf. San Francisco Xavier entre el 6 y el 14 de abril de 1552: 117).

Todo un programa en estos tiempos donde la eficacia, el beneficio económico y el éxito humano priman sobre otros valores. No es extraño que una figura así alcanzara una repercusión de gran importancia en la iconografía, la literatura y la cultura de su tiempo.

A MODO DE CONCLUSIONES

1. Más importante que el itinerario exterior de este navarro universal es el proceso interior, por el que Dios le va mostrando el camino como maestro y padre. Sobre la base de unas excelentes cualidades humanas la conversión encauza toda esa potencia.
2. Vive la experiencia de los Ejercicios Espirituales en el desafío de una misión, al ser nombrado como nuncio apostólico, desde el espíritu evangélico, no desde la dignidad de un cargo pontificio.
3. Su esperanza debe echar raíces más profundas al ser puesta a prueba en la soledad más completa frente al mal. Dios se le va revelando en las adversidades y parece tomar la iniciativa. En Javier se muestra una conciencia de la confianza en Dios que va creciendo hacia la completa purificación antes de la muerte y el triunfo definitivo: el misterio de la Pascua.

4. Su ejemplo tiene una aplicación muy actual, pues vivió un tiempo muy parecido al nuestro, de descubrimientos y grandes cambios, de corrupción y ambición económica¹⁶.
5. Su fuerza frente a los poderes de este mundo es la irrupción de lo gratuito y la confianza en el total apoyo a Dios, frente a un mundo interesado. Sólo Dios actúa en el apóstol. Como si su campana repitiera una y otra vez: Humildad, humildad y obediencia. Teme situarse en el lugar de Dios. Sólo Dios tiene la iniciativa. Dios es el que actúa. Dios corona nuestros dones. También la nulidad se recibe de manos de Dios.

No puedo terminar sin antes citar el famoso poema escénico de mi paisano y amigo, José María Pemán, *El divino impaciente*, que, a pesar de haber sido tachado por algunos de «teatro de colegio», como pieza obligada de representación en los centros educativos durante los años del franquismo, es parte de la memoria colectiva de muchos, con momentos brillantes y eficaces, como aquellos versos que Ignacio dirige en París al obstinado Javier:

Vengo a ensancharte, Javier,
 en ti mismo tu medida,
 y a hacer que se talle y mida
 por tu ambición tu valer;

 Esa tu alma, Javier,
 me da pena verla arder
 sin dar ni luz ni calor.
 Eres arrollo baldío
 que por la peña desierta
 va desatado y bravío.
 Mientras se despeña el río,
 se está secando la huerta.

¹⁶ Mi experiencia al intentar introducir toda esta peripecia humana y misionera en los moldes de una larga y prolija novela histórica (PEDRO MIGUEL LAMET, *El aventurero de Dios: Francisco de Javier*, Madrid 2006), en la que he pretendido trasladar al lector actual a las coordenadas de aquella época, es que los valores que representa Javier tienen vigencia en la actual sociedad posmoderna y en esta «segunda globalización», paralela en cierta medida a la del Siglo de Oro, una época conflictiva y confusa, que requiere hombres, como decía Arrupe, «con el futuro en la médula de los huesos» y creatividad apostólica suficiente como para releer el Evangelio desde cada cultura.